

# El decrecimiento: una respuesta al desarrollismo económico

WOLFGANG ACHLEITNER<sup>1</sup>

## Resumen

El decrecimiento es un proyecto ético-político, es un enfoque global y total frente a los problemas que la sociedad de consumo ha producido y sigue produciendo sobre todo, pero no únicamente, en los países llamados desarrollados.

La respuesta de los adeptos de la teoría del decrecimiento es radical: salir del consumismo e inventar o redescubrir una sociedad basada en la autolimitación voluntaria.

El resumen de lo esencial de las posiciones del movimiento del decrecimiento se encuentra en las publicaciones del economista francés Serge Latouche, quien es uno de sus defensores más destacados. Él acaba de publicar un nuevo libro donde llega a algunas conclusiones sobre las experiencias de los primeros 10 años de este movimiento y pone en relieve la convergencia con otras corrientes, así como la contribución de precursores que se alimentan de las mismas preocupaciones. Es una escuela de pensamiento poco conocida en México e intento en este artículo resumir sus posiciones, así como las respuestas de los “decrecimentalistas” a las críticas más frecuentes que se les han efectuado.

*Palabras clave:* decrecimiento, desarrollo económico, anticapitalismo.

## Abstract

De-growth is an ethical-political project, is a total and comprehensive approach addressing the problems that the consumer society has produced and continues to produce mainly but not solely, in the so-called developed countries. The radical response is de-growth: it means skip consumerism and invent or rediscover a society based on voluntary self-limitation. The main principles behind the de-growth movement are found in the publications of the French economist Serge Latouche, who is one of

---

1. Consultor del gobierno austriaco en temas del desarrollo.

its most prominent advocates. He has recently published a new book which draws some conclusions about the experiences of the first ten years of this movement and highlights the convergence with other schools and the contribution of precursors that feed on the same concerns. De-growth theory is not well known in Mexico.

*Keywords:* de-growing, economic development, anti-capitalism.

El decrecimiento es un proyecto ético-político que visa la construcción de sociedades en convivencia, autónomas y modestas en los países del Norte y del Sur. No es simplemente un crecimiento negativo o decrecimiento, es un enfoque global y total frente a los problemas que la sociedad de consumo ha producido y sigue produciendo sobre todo, pero no únicamente, en los países llamados desarrollados. Se puede concebir como un planteamiento que incluye aspectos económicos, sociales, tecnológicos y hasta filosóficos en el sentido de que vuelve a presentarse la pregunta sobre el sentido de la vida. La idea de base es que las teorías económicas en vigor nos inducen hacia la creencia en un crecimiento material y tecnológico ilimitado y que esto podría resolver la mayoría de los problemas de la humanidad. Se omite que estos conceptos no sólo tropiezan con los límites ecológicos del globo, algo que hoy en día ya es comúnmente aceptado, sino que incluyen también un empobrecimiento cultural de la humanidad y la enajenación del individuo.

La respuesta de los adeptos a la teoría del decrecimiento es radical: salir del consumismo e inventar o redescubrir una sociedad basada en la autolimitación voluntaria. Sobra decir que todo esto va en contra de las concepciones y enseñanzas *mainstream* y que sus consecuencias son profundamente anticapitalistas. Pero es un anticapitalismo no de la izquierda clásica, ya que nunca ha puesto en duda el modelo de industrialización y de crecimiento económico, sino que se trata más bien de una forma de socialismo ecológico. Cabe mencionar que los teóricos de esta corriente no la perciben como un programa político inmediatamente aplicable, sino como una “utopía concreta” que debería servir más bien como guía para la investigación y la reflexión sobre la civilización hegemónica, pero —todavía— no como un manual práctico para la acción.

El resumen de lo esencial de las posiciones del movimiento del decrecimiento se encuentra en las publicaciones del economista francés Serge Latouche, quien es uno de sus defensores más destacados. Él acaba de publicar un nuevo libro donde llega a algunas conclusiones sobre las experiencias de los primeros 10 años de este movimiento y pone en relieve la convergencia con otras corrientes, así como la contribución de precursores que se alimentan de las mismas preocupaciones. Es una escuela de pensamiento poco conocida en México e intento en lo que sigue resumir sus posiciones, así como las respuestas de los “decrecimentalistas” a las críticas más frecuentes que se les han realizado.

## Orígenes del problema: el mito del desarrollo económico

El punto de partida se ubica en que el crecimiento económico desde hace tiempo ya no aumenta el progreso humano. Para Latouche, la mitificación del avance científico y tecnológico se traduce en un concepto estrecho de desarrollo concebido sólo como crecimiento económico. Nuestra sociedad padece de una hipertrofia de la verdad científica en detrimento de concepciones de las culturas vernáculas y populares.

En la base del desarrollismo se encuentran los valores del Siglo de las Luces, como progreso, universalismo, racionalidad cuantificadora, dominio de la naturaleza. La filosofía anglosajona contribuyó con las concepciones filosóficas del pragmatismo y del utilitarismo. Así, el terreno para la victoria del capitalismo europeo en los siglos XVIII y XIX estaba preparado y desembocó en el colonialismo y en el imperialismo. La mundialización neoliberal que vivimos actualmente está en la misma lógica y significa una aceleración de la occidentalización del mundo. Esto implica un tremendo empobrecimiento cultural en el sentido de un universalismo anglosajón arrogante que desprecia las prácticas de las sociedades presuntamente “subdesarrolladas” y concibe toda resistencia al cambio, a la modernización, como irracional, retrógrada o reaccionaria.

La acumulación capitalista necesita un crecimiento económico permanente y exige un consumo cada vez más grande y desmesurado del individuo. El productivismo funciona sobre la base del mecanismo de la creación de pobreza absoluta, y después de que esto haya sido satisfecho, de la creación de necesidades artificiales como precondiciones para sentir escasez y trabajar más para poder llenar esas necesidades. La sociedad de consumo que resultó hoy en día funciona con base en la publicidad omnipresente, en el crédito fácil y en la obsolescencia programada de los productos (Latouche, 2007: 33). La publicidad nos hace desear nuevos productos o considerar los que poseamos como vetustos; el crédito nos da los medios de adquirir todo lo nuevo, y la corta vida de los productos adquiridos nos obliga constantemente a renovar o cambiarlos. La dependencia del consumo genera cada vez más formas de adicción y tiene su equivalencia en la esfera del trabajo: el *workaholic* es quien se droga con su trabajo y vive solamente para trabajar (Latouche, 2007: 38).

El crecimiento, a su vez, funciona también como droga a pesar de que produce pobreza, catástrofes ecológicas y que lleva a un empobrecimiento cultural en el mundo. En todas partes aumenta la heteronimia y la dependencia de los individuos y de las sociedades. El universalismo neoliberal es criticado por los decrecimentalistas en seis aspectos (Latouche, 2004: 23):

- La desigualdad creciente entre el Norte y el Sur y al interior de cada país entre regiones y sectores sociales.
- La deuda pública y privada que hipoteca a las generaciones futuras.
- La destrucción de los ecosistemas y el cambio climático.
- La destrucción de los servicios públicos y el abandono de la protección social para las mayorías.
- La mercantilización de la naturaleza y del hombre.

- La pérdida de influencia de los Estados frente a la economía privada y las transnacionales.

Ya no hay que insistir mucho en el evidente impacto negativo del industrialismo en el medio ambiente y para el cambio climático. Se añade la crisis financiera estructural, la pobreza creciente en los países pobres pero también en las sociedades desarrolladas y queda claro que todo el modelo de la civilización occidental está en crisis. El estilo de vida moderno basado sobre la energía barata parece llegar a su fin: de un lado, por el agotamiento previsible de los recursos fósiles; de otro, frente a los riesgos de las plantas de energía nuclear, supuestamente limpia, como se ha comprobado recientemente en Japón. A pesar de las evidencias y de los llamados de alarma de muchos científicos y activistas, en el terreno los dirigentes políticos pretenden que todo podría seguir igual.

Críticas como éstas también son compartidas por muchos movimientos ecologistas o de izquierda, pero las conclusiones difieren en el sentido de que no se busca la solución de los problemas por más crecimiento, como los socialistas, o por la antinomia del “desarrollo sostenible” de parte de muchos ecologistas.

### **La respuesta: decrecimiento y autolimitación voluntaria**

La respuesta de los decrecimentalistas es múltiple y compleja. Primero se trata de descolonizar la imaginación, salir de la enajenación, desmitificar las nociones de base de la sociedad consumista y hacerse la pregunta del sentido de la vida. En este sentido el movimiento también se reclama heredero del Siglo de las Luces, que trata de liberar al hombre de las dependencias irracionales. Y Latouche y sus discípulos continúan: “Hay que reubicar el lugar de lo económico, demasiado preponderante en nuestra vida. Lo económico, en lugar de un fin en sí mismo debería ser tratado como un simple medio para alcanzar ciertos objetivos considerados como esenciales” (Latouche, 2004: 115).

Para alcanzar un cambio profundo de la sociedad los críticos del desarrollismo proponen reformas en ocho aspectos, que reforzándose mutuamente podrían crear un círculo virtuoso del decrecimiento sostenible (Latouche, 2004: 99f; 2007: 56-64):

*Reevaluar o revalorizar:* es la mencionada dimensión filosófica; se considera necesario primero pasar revista a los valores que rigen actualmente la convivencia de los hombres en la sociedad. En contra de la megalomanía individualista y egoísta, hay que reforzar la cooperación, la solidaridad, el altruismo. La vida social, la convivencia, debe considerarse como superior al consumismo; lo razonable debe dominar lo racional. Esto no va en contra de la razón, como los críticos muchas veces mantienen, se trata más bien de limitar el alcance de la lógica científica y finalmente de lo tecnológico y de lo mercantil sobre la vida. Conceptos clave como riqueza y pobreza, escasez y abundancia necesitan ser redefinidos, y las prácticas correspondientes redimensionadas. Los precursores como Ivan Illich ya

han expresado sus dudas sobre el dominio de los expertos en lo que se refiere a la enseñanza o a la salud, un dominio que impone soluciones racionalistas unidimensionales y a largo plazo contraproductivas (véase abajo).

*Reestructurar*: el aparato productivo y las relaciones sociales correspondientes deben ser adaptados a estos valores considerados como prioritarios. Esto incluye por ejemplo la reducción del tiempo de trabajo. En general, el capitalismo exageró la importancia del trabajo en detrimento de otras manifestaciones de la actividad humana, como son la creación artística o artesanal, o la comunicación (cf. Hannah Arendt en su obra *Vita activa*). Desde un punto de vista de izquierda, ya el yerno de Karl Marx, Paul Lafarge, ha criticado la preponderancia del trabajo en su obra y propuso “el derecho a la pereza para el hombre”.

*Redistribuir*: es el viejo lema socialista, asegurar un acceso más igualitario a las riquezas producidas pero también a los bienes de la naturaleza, una redistribución dentro de las sociedades pero también entre sociedades ricas y pobres, entre el Norte y el Sur. Se incluyen aquí los intentos de restituir a los pueblos los recursos naturales, objetos de la creciente privatización y mercantilización.

*Relocalizar*: se trata de producir localmente lo máximo de los bienes de consumo, de alimentos pero también de otras mercancías dentro de lo posible para evitar los costos del transporte, pero también para fomentar un compromiso cultural, social y político con su región. El financiamiento también debería venir en primer lugar de los ahorros locales.

*Reducir*: el impacto de la producción y del consumo sobre el medio ambiente debe disminuir; hay que evitar los excesos del consumo de productos y de su embalaje. La sociedad del descrecimiento no permitiría el despilfarro y trataría de reducir actividades consumidoras de mucha energía, como el turismo de masa. El ecoturismo tampoco está considerado como una alternativa, porque a partir de un cierto nivel cuantitativo se vuelve en su contra.

*Reutilizar*: en contra del despilfarro de lo desechable, hay que producir mercancías de calidad con larga duración de vida y que se pueden reparar, y *reciclar* los desechos de la producción.

Para Latouche hay varias “R” más que se podrían añadir, como reinventar la democracia al nivel local por ejemplo, renunciar (a un estilo de vida consumista), radicalizar (los propósitos o los discursos de un cambio social), *ralentar* —o sea reducir el ritmo frenético de trabajar y de consumir—, renunciar a lujos como ciertos deportes, recobrar la autonomía en el nivel local, etcétera (Latouche, 2007: 57).

Entre los precursores de estas ideas se destaca Ivan Illich, un jesuita de origen austriaco quien trabajó muchos años en México.<sup>2</sup> Su obra está caracterizada por la crítica fundamental a la modernidad y a sus instituciones como la escuela y el hospital, el transporte (el automóvil), la información o el desarrollo económico. Todos se integra-

---

2. Fundador en 1960 del Cidoc (Center for Intercultural Documentation) en Cuernavaca, Morelos.

ban en un concepto de modernidad bien intencionado y sí contribuyeron al bienestar pero sólo hasta cierto punto; después son cada vez más contraproductivos: la medicina produce enfermos, la escuela genera desempleados e ignorantes, el desarrollo económico empobrece largos sectores de la población, etc. Otro mecanismo nefasto de la modernidad es la desvalorización de prácticas populares, del trabajo casero, del benévolo, etc., en favor de una mercantilización de estas prácticas y su encargo a supuestos “expertos” (Latouche, 2010: 97f). Illich nunca utilizó el concepto de decrecimiento, pero sus conclusiones iban claramente en este sentido. Para él la solución reside en la convivencialidad y en la sobriedad. A Illich también se debe aquella famosa metáfora del caracol, este animal que construye su caparazón hasta un cierto tamaño óptimo, para terminarlo reduciendo la dimensión de los anillos, y así evitando crecer demasiado y quedándose en equilibrio. No sorprende que los decrecimentalistas consideren la experiencia de la autogestión del EZLN en Chiapas como laboratorio para sus tesis y lo observen junto con los demás movimientos similares de indígenas u otros pueblos marginados (como la “vía campesina”) con mucha empatía e interés (Latouche, 2010: 15 y 116).

Otro precursor es el economista francés André Gorz, quien esbozó ya en los años ochenta una sociedad donde se trabaje y consuma menos y donde se viva mejor. Según él, la razón económica ha conquistado largos sectores de la sociedad y ha logrado provocar el divorcio entre vida y trabajo, producción y necesidades, entre economía y sociedad (Gorz, 1988: 367f). En su concepto de la modernización ecológica, se dirigen las inversiones no hacia la acumulación capitalista, sino al contrario, a la disminución de la esfera regida por la racionalidad economicista. La dinámica capitalista se debe romper por la autolimitación del consumo (cit. en Latouche, 2010: 96). Desde su punto de vista, el capitalismo ya no necesita una clase obrera u otro sujeto revolucionario para vencerlo, sino que se va a caer solo por sus contradicciones internas, y no sólo el capitalismo sino también la entera civilización industrial (ibíd., p. 114).

En su último libro Latouche opone una “vía mediterránea” al universalismo anglosajón y sostiene que esta civilización podría guiar una Europa en búsqueda de identidad: contra la “omnimercantilización” de los atlantistas, la civilización mediterránea con su convivencialidad, su arte de vivir (*slow food* contra *fast food*); sus concepciones más humanas frente al tiempo, a la vida y a la muerte se prestarían más para una transición hacia una sociedad solidaria de posdesarrollismo. La herencia aristotélica procura valores indispensables para una tal sociedad, como la medida, la prudencia y un sentido para lo justo. Pero el mundo mediterráneo tampoco está idealizado y necesita reinventarse en el sentido de dar más importancia a los valores femeninos: “La sociedad del decrecimiento será feminista o nunca va a existir” (Latouche, 2010: 164f y 170f).

### **Los argumentos en el debate**

Las críticas a estos propósitos no tardaron en llegar y van desde “sueño dulce” hasta “utopía peligrosa”. Si estos conceptos se realizan —dicen—, sería el fin del progreso científico y tecnológico, sería una marcha atrás hacia la Edad Media, sería estancamiento económico y el desempleo, políticamente llevaría a un dirigismo social

autoritario que se asemeja a un ecofascismo. Además, reflexiones como éstas sólo conciernen a los países del Norte, quienes son los que más daños causan al medio ambiente. Y, después de todo, no hay necesidad para tanto radicalismo porque ya existen conceptos que combinan el mantenimiento de las pautas económicas actuales pero con más respeto a la naturaleza, como el desarrollo “sostenible” o “durable”. Vamos a ver estos argumentos, uno por uno, para ver que no todo sucedería necesariamente de esta manera negativa. Al menos es el punto de vista de los autores de otro libro aparecido en 2010<sup>3</sup> sobre los diferentes argumentos en el debate del decrecimiento.

Frente a los problemas evidentes del desarrollo capitalista, los teóricos del sistema dominante inventaron a principios de los años noventa<sup>4</sup> conceptos alternativos, sobre todo el del “desarrollo sostenible”. Hay aquí una interpretación más respetuosa del medio ambiente, como lo tienen la mayoría de los partidos ecologistas, y de acuerdo con otra, sostenida por la gran industria, que así concebido, con unos ajustes, el desarrollo económico podría seguir indefinidamente. Aquí los “decrecimentalistas” son claros: se trata de una antinomia (un *oxymoro*), o sea de una contradicción entre los dos conceptos. Para ellos tarde o temprano las dos concepciones entrarán en conflicto y en las condiciones actuales es el crecimiento el que gana (Latouche, 2004: 58f). Aún más, el concepto lleva a una peligrosa mercantilización del medio ambiente, como lo concibe por ejemplo el famoso Protocolo de Kyoto<sup>5</sup> del negocio de derechos de las emisiones nocivas. Para Latouche, todos estos conceptos más “blandos” de desarrollo, como el social, humano, local, alternativo, etc., son indisolubles del crecimiento económico y por esto se deben refutar (ibíd., p. 62).

Otro argumento en contra de la concepción del decrecimiento es la preocupación por un mundo de desempleo, por el estancamiento y el fin de la economía del mercado. Primero, los decrecimentalistas pueden comprobar que es el mismo crecimiento económico el que en los últimos 30 años ha destruido mucho empleo o creado empleos cada vez más precarios (Bayon, et al., 2010: 167f). El tiempo del pleno empleo ya no volverá; en esto todos los economistas están de acuerdo, pero se mantiene la ficción para no cambiar las pautas tan bien establecidas y beneficiosas para ciertos grupos. El destructor de empleos y del estancamiento económico entonces es el modo de producción actual.

Frente a este dilema se propone una redefinición del progreso en términos sociales y ecológicos. La economía ecológica que resultará no se basará en tecnologías muy avanzadas (y consumidoras de energía) y sustituiría en cierta medida al capital por el trabajo. Entonces necesitaría mucho más mano de obra para la producción de víveres, del hábitat, del transporte (ibíd., p. 178f). En lo que se refiere al mercado, se mantiene que la limitación de la ganancia no elimina el concepto de valor; entonces

- 
3. Denis Bayon, Fabrice Flipo, y Francois Schneider (2010) *La Décroissance. Dix questions pour comprendre et débattre*, París.
  4. Conferencia de la ONU sobre desarrollo y el medio ambiente (UNCED) en Río de Janeiro, 1992 (*Earth summit*).
  5. El Protocolo de Kyoto sobre las emisiones de gases entró en vigor en 2005.

las instituciones del mercado siguen siendo necesarias, pero con otras prioridades. La impronta ecológica (el famoso *footprint ecológico* del wwf) de un país como Francia debe disminuir a causa de la subproducción a los niveles de los años sesenta, lo que no quiere decir que esto en aquella época era un sistema ideal, sino más bien un modelo de sociedad que no hizo tanto daño al medio ambiente como el de ahora (Latouche, 2004: 104). Cabe mencionar que en este aspecto Cuba volvería a ser un ejemplo, porque es la única sociedad en el mundo que no deja una impronta excesiva en el medio ambiente (sin su consentimiento, evidentemente).

En lo que se refiere al supuesto oscurantismo o irracionalismo de las posiciones de los “objetores del desarrollo”,<sup>6</sup> acusados de proponer el fin del progreso científico y técnico, la argumentación empieza con una crítica de la creencia que ciencia y tecnología garanticen el mejoramiento de la condición humana. Estas posiciones padecen del defecto de no imaginar el futuro diferente del pasado (ibíd., p. 110) y siguen soñando con el hombre todopoderoso que tarde o temprano va a descubrir los secretos de la vida, sustituyéndose a la naturaleza. Para los críticos del desarrollismo, la nanotecnología y la biotecnología nunca pueden llevar a un verdadero progreso porque están concebidos principalmente para otros fines, o sea para ganar dinero. Tampoco aceptan cualquier uso “socialista” de las tecnologías supuestamente mal utilizadas por el capitalismo: la *big science* como la investigación sobre lo nuclear sólo se ocupa del crecimiento, nunca del equilibrio ecológico. Para ellos las racionalidades científicas y económicas no deben desaparecer, pero van a ser sometidas a una concepción diferente, más respetuosa de la naturaleza y más emancipadora de la humanidad.

El argumento de que el decrecimiento es reaccionario porque quiere frenar el progreso de las sociedades del Sur y mantenerlas en el subdesarrollo, tampoco es válido: que estas sociedades quieren seguir las mismas pautas que el mundo industrializado, ya es un error enorme, sobre todo que ellas disponen todavía de un mejor equilibrio ecológico que las sociedades del Norte. A pesar de esto nadie rebate que muchas necesidades allí no son satisfechas y que un cierto crecimiento selectivo es indispensable, sobre todo en lo que se refiere a la alimentación y a las necesidades básicas. Pero no hay que dejar la tarea de la definición de las necesidades a satisfacer a las élites actuales del Sur, porque ellas son en general *brainwashed*, o sea adeptos del industrialismo. Serge Latouche mantiene incluso que el decrecimiento en el Norte salva a las sociedades del Sur, haciéndolas más autónomas para reencontrar su autonomía económica y su identidad cultural propia.<sup>7</sup> El decrecimiento no empobrece al Sur, al contrario, le libera, remite al orden del día el concepto de la redistribución de las riquezas y también rehabilita los análisis de la “teoría de la dependencia” (Raul Prebisch, Andre Gunder Frank), o sea la necesaria ruptura con las sociedades del Norte, así como el movimiento de la *self reliance* en el contexto de la relocalización de la economía.

---

6. El movimiento de negacionistas, los llamados objetores de desarrollo en Francia, se coordina en un sitio web: [www.objecteursdedeveloppement.fr](http://www.objecteursdedeveloppement.fr)

7. Serge Latouche (2004). “Et la décroissance sauvera le Sud”, *Le Monde Diplomatique*, mensual, núm. xi.

## Perspectivas de la aplicación práctica

A pesar de todos estos argumentos, este cambio de paradigma parece utópico, pero — dicen los decrecimentalistas— no es pura especulación como las utopías desde Platón, More, Campanella y hasta Fourier, sino son posibilidades muy reales y concretas, sólo se necesita una sensibilización y concientización del hombre en este sentido. Para Latouche y sus discípulos sería muy importante que una democracia ecológica fuera el resultado de decisiones libres de los hombres, o sea un decrecimiento escogido y no impuesto. Para ellos queda claro que el decrecimiento, en lo inmediato, no es un programa político que podría ser defendido por mayorías de ciudadanos y entonces no se puede alcanzar por elecciones o por mejores gobiernos. Lo que sí es necesario es una especie de revolución cultural con un cambio de valores, como altruismo contra egoísmo, cooperación contra competencia, juego contra trabajo, convivencialidad contra consumismo, autodeterminación contra dependencia, interacción con la naturaleza contra dominio y explotación.

La situación del medio ambiente exige acciones y programas políticos concretos, dicen otros, y ya no habrá tiempo para especular sobre cambios culturales del posdesarrollismo, como lo hace Latouche. Para las corrientes más pragmáticas del movimiento decrecimentalista el cambio sí podría venir de políticas “verdes”, como la imposición fuerte contra las industrias contaminantes o devoradoras de energía, lo que a lo largo llevaría a una sociedad ecológica. Para otros, el espacio político dominante está definitivamente corrompido y no es la arena propicia para realizar tal tarea: para la corriente anarquista, la lucha extraparlamentaria de los ciudadanos autónomos por un medio ambiente limpio, la conservación de espacios verdes, por la oposición a los megaproyectos de infraestructura, la agricultura industrial, etc., ya tiene cierta tradición y sería la perspectiva a privilegiar.

Pero también la idea de elaborar programas para la acción política inmediata tiene sus adeptos: en una conferencia sobre el tema en 2010 se formuló un programa bastante radical<sup>8</sup> que va desde el ingreso mínimo e incondicional para todos, hasta la introducción de monedas locales para una independencia monetaria, pasando por moratorias sobre proyectos grandes de infraestructura, renuncia a la explotación de recursos minerales, limitación de la publicidad, abolición del deporte profesional, etcétera.

Es muy posible que toda esta diversidad de movimientos, tal vez complementarios, no sea suficiente para alcanzar los objetivos. La otra opción, entonces, es lo que S. Latouche llama la “pedagogía de la catástrofe” (Latouche, 2004: 117), o sea el decrecimiento impuesto por acontecimientos externos: por causa de las crisis financieras y de las catástrofes ecológicas ya existentes o previsibles, el sistema actual tarde o temprano se derrumbaría y no queda más que aplicar los preceptos del decrecimiento por la fuerza.

De todos modos, el decrecimiento representa una utopía concreta en el sentido que el filósofo alemán Ernst Bloch ha dado al concepto, rehabilitándolo de la crítica

---

8. “Aujourd’hui la décroissance”, Barcelona, 2010, cit. en Bayon et al., p. 230.

marxista (quien estableció en su contra el llamado socialismo científico), o sea un optimismo militante, la esperanza de que un mundo mejor es posible y real. Representa una matriz de alternativas, una ética nueva para salir del dominio del *Homo oeconomicus* y del productivismo. El desarrollismo actual, el delirio del productivismo y la religión del crecimiento (Latouche) deben ser sustituidos por valores como altruismo, reciprocidad y medioambientalismo, todos rasgos de una sociedad convivencial. El lema principal es, con A. Gorz: vivir en forma diferente, para vivir mejor, y también trabajar menos para que todos tengan trabajo (Gorz, 1988: 346).

Todas estas corrientes citadas vislumbran la elaboración de una política de transición hacia este tipo de sociedad ecológica, basada sobre un planteamiento profundamente anticapitalista. Aquí se puede aprender mucho de las culturas populares actuales con fuertes rasgos precapitalistas, como las del África negra o las de los indígenas de América, de la misma historia alternativa del mundo occidental<sup>9</sup> y de nuevos enfoques alternativos y anticapitalistas como el EZLN. Lo que es esencial, es la aceptación de la autolimitación y si ésta es concebida como elemento constituyente de la humanidad y no impuesta por una religión u otra autoridad, una sociedad de decrecimiento y democrática será posible.

### Referencias bibliográficas

- Arendt, Hannah (s/f). *La condición humana (vita activa)*. Barcelona: Paidós.
- Bayon, Denis, Flipo, Fabrice, y Schneider, Francois (2010). *La Décroissance. 10 Questions pour comprendre et en débattre*. París: La Découverte.
- Bloch, Ernst (2006). *El principio de la esperanza*. Madrid: Trotta.
- Gorz, Andre (1988). *Metamorphoses du travail. Critique de la raison économique*. París: Gallimard folio/Galilée.
- (1991). *Capitalisme, socialisme, écologie*. París: Galilée.
- Illich, Ivan (1971). *La sociedad desescolarizada*.
- (1973). *La convivencialidad*.
- (1974). *Energía y equidad*.
- Latouche, Serge (2004). *Survivre au développement*. Mille et une nuits.
- (2007). *Petit traité de la décroissance sereine*. Mille et une nuits.
- (2010). *Sortir de la société de consommation: voix et voies de décroissance. Les liens qui libèrent*.

Fecha de recepción: Mayo 05, 2011

Fecha de aceptación: Junio 10, 2011

---

9. Con historiadores como Fernand Braudel, Immanuel Wallerstein y Eric Hobsbawm.